

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO VI.—NUMERO 10

SUMARIO:

I *El periódico*, por Jesús Díaz de León.—II *En un álbum* (poesía), por Doroteo Fonseca.—III *Intima*, por Lucila Gamero Moncada.—IV *Matinal* (poesía), por E. Gamboa.—V *Agonía y muerte*, por Rafaela Turcios.—VI *Notas* (poesía), por Indalecio Zelaya.—VII *Remembranzas*, por Pilar Larrave de Castellanos.—VIII *A violeta* (poesía), por Sixto Morales.—IX *Horas tristes*, por Salvador Díaz.—X *Intima* (poesía), por L. L. y L.—XI *Mi duda*, por Alonso Reyes G.—XII *Epilogo* (poesía), por Doroteo Fonseca.—XIII *Mis predilectos*, por Luis Lagos y Lagos.—XIV. Bibliografía.—XV Notas.—XVI Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Octubre de 1895.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD

JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D. Alberto Masferrer.
1 ^{er} . Vocal	„ J. Antonio Solórzano.
2 ^o „	„ José María Gomar.
Fiscal	„ Leopoldo A. Rodríguez.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er} . Secretario	„ Isaías Gamboa.
2 ^o „	„ Indalecio Zelaya.

SOCIO HONORARIO:

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Br. D. Eusebio Bracamonte.		Br. D. Juan Gomar.
„ „ Doroteo Fonseca.		„ „ Alonso Reyes G.
Dr. „ Francisco Espinal.		Dr. „ Víctor Jerez.
„ „ Fermín Bayona.		

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.		Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.		„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.		Srita.	Lucila Gamero Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.		„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.		„	Rafaela Turcios C.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.		Dr. D.	Rubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.		„	Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.		„	Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.		„	Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.		„	Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.		Br.	Juan J. Lainez.
Dr.	Désire Pector.		„	Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.		Dr.	Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.		„	David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.		„	Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.		„	Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.		„	Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.		„	Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.		„	Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.		Br.	Adolfo Castro.
Dr.	Lucio Alvarenga.		Dr.	Jesús Díaz de León.
„	Nicanor Bolet Peraza.		„	Rafael E. Cháves.
„	Celso Briones.		„	Ezio Monjardino.
„	Domingo Martínez Luján.		„	Leonidas Pallares Arteta.
„	José Joaquín Palma.		„	Ismael Enrique Arciniegas.
„	Sixto Morales.		„	Carlos Fernández Shaw.
„	Nazario Salaverría.		Dr.	Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	Próspero Calderón.		„	Vicente Lines.
			„	J. S. Chocano.
			„	Ricardo Palma.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

Eusebio Bracamonte,

Victor Jerez,

Doroteo Fonseca,

TOMO VI. |

San Salvador, octubre de 1895.

| NUM. 10.

El Periódico.

[Para "La Juventud Salvadoreña"]

Allá en las pasadas edades, cuando el movimiento de integración física era el solo impulso á que obedecían los pueblos, puesto que su integración moral estaba definida en la forma teológica de sus instituciones, sólo tenían importancia en la marcha política de las sociedades, todos los acontecimientos que podían traducirse hoy en estas frases "plenitud de fuerza" porque la guerra y la conquista son los únicos capítulos que llenan las primeras páginas de la historia política de la humanidad.

Hé aquí por qué la escritura demótica, y el arte monumental vivieron bajo el pupilaje de los conquistadores, sin tener más ensanche que el que inspiraba la adulación, para satisfacer la vanidad de los poderosos. Era inútil que la escritura ó el arte pretendieran salir del círculo de hierro de las castas privilegiadas, pero aun cuando éstas lo hubiesen permitido, habría sido resultado práctico en favor de la ilustración de las masas, porque era demasiado fuerte para aquellos hombres ignorantes y rudos, el pan de la ilustración. Todavía aun en los tiempos que alcanzamos, se ve

que hay lugares en la tierra á donde no ha podido penetrar esa luz del progreso que se llama periódico, que desde las elevadas esferas sociales, hasta las más humildes, puede difundir las más profundas concepciones del genio, ó los primeros rudimentos de la educación del pueblo, envueltos en la fe del porvenir.

Cuando en el período de integración no se podía contar como estable ninguna institución, sino apoyándola con la fe de los oráculos y éstos al ser repetidos al pueblo por los sacerdotes, se les formaba un dosel de acero para hacer *más objetiva* la idea, entonces los hombres no tenían más instrucción que la litúrgica para desempeñar su papel en las ceremonias, y al calor del hogar enseñaban á sus hijos las tradiciones guerreras de sus antepasados para que continuasen una historia que no tenía en realidad más que una página, la guerra.

Allá en las riberas del Nilo, en donde el pueblo gozó de alguna libertad moral, puesto que en el célebre juicio de los muertos, sólo se concedía una sepultura honrosa al que no había ofendido á los dioses ni á los hombres durante su vida, los anales domésticos tienen más amplitud y las tradiciones comienzan á vestirse con el ropaje del

apólogo para darles un sabor sobrenatural, y la literatura de ese país comienza ya á descubrir muchos documentos de este género, que darán una idea de las costumbres íntimas de los egipcios. Al tenor de la vida doméstica el arte floreció, severo y frío como el carácter de los habitantes, pero que sorprende aún á los arqueólogos la construcción de los templos, de los monolitos y de las pirámides. En todo se descubren las huellas de una civilización avanzada, pero pacífica en cuanto á las labores de la inteligencia.

Algunos años después, siglos digamos, podemos ver ya otra decoración muy distinta en el ágora, en los juegos ístmicos, en los juegos olímpicos, en el consejo de los anfictiones, bajo el risueño cielo de la Grecia. No es ya la tradición con su velo negro y sus contornos rígidos la que aparece en la velada de familia, sino la historia patria, los héroes disputándose un lugar en el olimpo, los filósofos sembrando entre sus discípulos nuevas ideas, los artistas interpretando la vida de los dioses y dejando un recuerdo vivo de sus grandes hombres, animando los mármoles de Paros. Y los rapsodas circulan de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, cantando sus epopeyas, tradición viva, fogosa, constante de la vida helénica.

Los griegos tenían también su oráculo, y sobre el trípode sagrado hablaba la pitonisa interpretando la voluntad de los dioses; pero en lugar de las nubes de sándalo, del chasquido de las espadas, era recibido con una explosión de patriotismo. El sentimiento se imponía á la rutina, la imaginación á la estática de la vida. Allí empieza el hombre á sentir que ha nacido para algo más bello que para dominar con la fuerza, y á las tempestades del combate suceden las tem-

pestades del ágora. Los griegos tienen la gloria de ser los directores de la civilización humana; más que por los grandes modelos que han dejado en las artes y en la literatura, por haber sido los primeros en dignificar al hombre arrancándole á las cadenas de la materia que lo esclavizaba. Los griegos han sido los iniciadores del movimiento intelectual, personificándolo en su *ántropos*, que más tarde Linneo encontró la manera de descifrar en su *homo sapiens*. Lo que la antropología ha hecho fijando el lugar que corresponde al hombre en la escala de los seres; lo que la ciencia ha descubierto al desarrollar el problema de la unidad de la materia y el espíritu en ese sér complejo, los helenos lo presintieron y lo designaron en un enigma gramatical, *ántropos*. Por eso la civilización griega es una de las más grandiosas que registra la historia de la humanidad y por eso sus filósofos avanzándose á su época y aun á la época geológica por que atravesamos, soñaron al hombre moralmente puro, socialmente inmaculado, emancipado de las pasiones y viviendo la vida del espíritu en la *República* de Platón.

Sin embargo, ellos se adaptaron á su siglo, pero no murieron con él, porque le han sobrevivido, y el genio griego sobrevivirá aún quien sabe cuantos siglos más siendo el mentor que enseñe á las generaciones todo lo que el hombre puede cultivar de bueno y de bello sobre la tierra. Y aunque en esos siglos de luz, los griegos cultivaban con ardor, con fe y con perseverancia todas sus facultades, no tuvieron necesidad del periódico, y si más nos avanzamos, ni aun del libro. El arte comenzaba á incubarse, pero ¡qué incubación! al aparecer cada obra, era un modelo; y allí quedaba sobre sus bases de granito para que todos fuesen á contemplarla y

á inspirarse para seguir produciendo nuevos modelos. Los filósofos enseñaban al aire libre, bajo los árboles, como lo hacían en el Pórtico y en el Jardín de Academo, y los discípulos aprendían de memoria los preceptos de los maestros. Apenas uno que otro dejaba grabados sus pensamientos en el papiro ó en la madera. Los poetas recitaban ó cantaban sus obras en el teatro, y los rapsodas recogían lo que más impresión había causado al auditorio, para seguir difundiendo de pueblo en pueblo, aquellas producciones del genio.

Los romanos iban á Grecia á inspirarse en los trabajos de sus grandes hombres y á consultar á sus filósofos, pero viviendo la vida política, poco se ocuparon de las obras del espíritu. Ellos no comprendieron en el *oír* más que al ciudadano guerrero que se sacrificaba por su patria, y el hombre entre los latinos no alcanzó la dignificación que en el *ántropos* helénico.

Después de la caída del imperio romano, cuando el cristianismo imprimió una nueva marcha á las sociedades fijando los ideales de la humanidad en el reino de los cielos, los apóstoles sustituyeron á los rapsodas, y á los cantos épicos el canto de los salmos. La cátedra sagrada fue durante algunos siglos la única luz para los hombres, que por lo demás, no necesitaban más alimento espiritual que el que les prometía una participación en la bienaventuranza.

Pero el descubrimiento del Nuevo Mundo por una parte, y la fe que se iba gastando por los odios que habían sembrado en el corazón de la Europa tantas y tantas contiendas, en las cuales el papado representaba siempre el principal papel, hizo que la humanidad se desviara de la senda que le habían trazado los mártires de la fe y los após-

toles del evangelio. Del despotismo tenía que surgir la idea de emancipación y la lucha religiosa tomó otro carácter. Los horizontes del pensamiento se ensancharon y aparecieron nuevos apóstoles, nuevos mártires que anunciaban á la humanidad una era nueva; la era de la inteligencia, la era de la razón. Entonces surgieron los cismas, aparecieron nuevos filósofos, se formaron nuevas escuelas que bebían en la fuente de las pasadas civilizaciones, y con el clasicismo helénico renació el *ántropos* en el primer demócrata.

Entonces en el vertiginoso remolino de tanta pasión que se levantaba apenas se transparentaban los principios que los hombres defendían, confundándose y hasta empequeñeciéndose por el ataque á la individualidad misma. Fue ya impotente la cátedra sagrada para detener aquel huracán de ideas, fue ya insuficiente la propaganda oral de los filósofos. Y como si el espíritu humano se sintiese vigorizado por la lucha, emprendió la conquista en todos los dominios del conocimiento y sus esfuerzos despertaban cada vez más la curiosidad de saber, el anhelo de ponerse cada quien á la altura de su época.

La escritura llegó á su mayor esplendor y los sofistas se multiplicaban; pero cuanto mayor era el número de éstos, sentíase un inmenso vacío en la difusión de las ideas, sentíase como que la masa social estaba paralizada en algún órgano secreto, que le era indispensable para lograr la realización de sus ideales.

Nunca los acontecimientos, se avanzan al tiempo en que deben verificarse, y los inventos no son sino la aparición en momentos dados de la historia de una idea grande ó pequeña que tiende á llenar una necesidad del cuerpo colectivo

dándole un sentido, un miembro, un órgano que multiplique su energía física ó moral. Tal fue la misión de la imprenta al ser descubierta por Guttemberg.

El pensamiento quedó fijo, estereotipado, desde aquel momento. ¿Cuál fue la necesidad sociológica que la imprenta vino á llenar en este estado de cosas? Fue la de conservar la tradición, amenazada de perderse ó adulterarse completamente en aquel caos de ideas, de pensamientos nuevos, de ataques, de defensas, de prohibiciones, de anatemas, de dudas, de ilusiones, de utopías, de sueños, de temibles y amargos desengaños. Si la historia de la Edad Media ha sido considerada como una nebulosa sin formas, sin detalles, sin luz, en cuanto su evolución política, es más sombría aún cuando se sigue en esos siglos de lucha sin tregua la marcha del espíritu humano. El hombre aparece reclamándole al pasado su libertad moral y su emancipación social, y desátase sobre su cabeza una tempestad terrible, preñada con todos los rayos de la tiranía que teme se le escape su presa. Pero la lucha ha cambiado de zona; se esgrime la espada, pero también se siembra la idea, y al lado de los hombres que sostienen un derecho agrúpanse muchos adeptos. Es preciso, pues, combatirlos con las mismas armas, porque el destruir un adversario no basta para triunfar sobre el principio que sostiene.

Los copistas en este orden de cosas, eran ya miembros atrofiados en aquel organismo que necesitaba una propaganda más activa, más perseverante, más eficaz. Aquella necesidad incubó al fin y produjo la imprenta. Los antiguos la habrían llamado la madre del progreso. Porque la imprenta lleva de un polo á otro las mismas ideas, sostiene la lucha del pensa-

miento y conserva todos los tesoros de experiencia que más de cuarenta siglos han legado á la humanidad.

A este descubrimiento tenían que seguirle como un contingente indispensable en la nueva marcha activa y enérgica de las naciones, el telégrafo y el vapor. Y todavía para completar la obra del progreso, nuestro siglo ha producido el invento por excelencia, el idioma universal, que cada día va abriéndose paso en todos los países del globo. Está en la época de prueba, y sus adeptos tienen que pasar por visionarios, y hasta por locos. Regístrese la historia del progreso humano y se verá que Schleyer está á la misma altura de todos los obreros de la civilización. La generación del siglo que viene, juzgará de este invento, para nosotros el más prodigioso que ha producido la inteligencia humana en el siglo XIX, presintiendo las exigencias y las necesidades de la evolución intelectual del porvenir.

Y todos estos inventos, y todos estos progresos, han venido en su época precisa, cuando la prensa puede prestarles un apoyo decidido y favorecer todos los medios de propagación, de difusión, de popularización. Hoy el único apóstol del progreso, es la imprenta. Ella concentra toda la actividad del espíritu humano, para destellarla después como el sol que da con sus rayos color y vida, animación y forma á todos los seres de la tierra.

Nace en medio de una lucha política y religiosa y sirve para fijar los puntos vitales del debate. Sin ella, los últimos acontecimientos de la Edad Media serían un verdadero caos. En relación con la misión que se le impone, su contingente es severo, magestuoso; aparece el libro, aparece la Biblia, como el arco de paz que trata de cal-

mar aquella tormenta que ahoga las conciencias, que sofoca las creencias, que mata todas las esperanzas. Pero tras de la Biblia, relampaguean fosforescentes y en un fondo de sangre todas las pasiones mal comprimidas en todos los bandos, en todos los partidos, en todas las sectas. y el apóstol de la luz, se convierte en un pobre juguete de esa fuerza social que se llama orgullo, y que llama á las puertas de la venganza, sea cual fuere su ropage con que se presente, con tal que abata al enemigo. Allí está la imprenta, testigo terrible de todas las debilidades de los pueblos y de las pasiones ruines de los hombres. La efervescencia de los ánimos produjo el libro ambulante, el libro del pueblo, el libro que satisface la curiosidad y es el alma de los partidos, la válvula de las pasiones mal sojuzgadas, y en el siglo XVII en Venecia, el emporio del comercio en aquella época, circuló el primer periódico llamado *Gaceta*, y en el cual se contenían las noticias más palpitantes de los acontecimientos del día. Por eso se ha conservado el nombre de Gacetilla á la sección del periódico que da noticias sobre hechos diversos de la vida social.

El impulso que se ha dado á la instrucción pública en todos los pueblos civilizados, la creciente actividad al comercio que va ligando más y más los intereses de las naciones y de los hombres, el empuje que se ha dado á la industria con sus infinitas aplicaciones científicas, y sobre todo, la vida intelectual á que han despertado todos los pueblos, es una de las causas que ha multiplicado el periódico, bajo distintas formas y distintos fines. La hoja seria que se consagra á registrar los trabajos del sabio, del filósofo, del anticuario, almacena en cada página un inmen-

so tesoro de conocimientos de que tienen que aprovecharse las nuevas generaciones, como nosotros hemos utilizado toda herencia que en ideas, en conocimientos y en experiencia, nos han legado las generaciones del pasado. El periódico político, difundiendo en las masas y en todas las clases las aspiraciones de cada época, con todos sus cambiantes de opiniones, con las exaltaciones de los partidos, con todas sus ambiciones mal ó bien veladas, con todas sus doctrinas tomadas en la historia ó al acaso, con sus utopias, con sus consejos, con sus rencores, con sus venganzas, pero que caracterizan el movimiento, la vida de una sociedad, revela en este continuo batallar toda la energía que posee ó bien sus convulsiones anémicas por falta de sentimiento patrio, de amor al progreso, de ensueños para una vida mejor.

Ninguna época histórica ha presenciado una actividad intelectual más vigorosa que la de nuestro siglo. Si fuera preciso designarlo con un epíteto que lo simbolizara, habría más de veinte motivos que se disputarían con igual justicia la palma. Se le ha llamado el siglo del vapor y también de la electricidad, ¿y por qué no designarlo con el calificativo del siglo de la prensa? Y téngase entendido que si la prensa es el espejo de la civilización de los pueblos, no habría otro calificativo más adecuado.

Alguna vez ha caído en nuestras manos una estadística de los periódicos que se publican en el mundo, y por desgracia, en esta oportunidad, no recordamos con precisión las cifras; pero sí confesamos que aquella lectura, nos ha inducido muy naturalmente á pensar en el cumplimiento de esa ley sociológica, que se ha llamado la lucha por la vida. El periódico, es el factor que más revela el esfuerzo

que la humanidad hace en esa lucha por la vida de la inteligencia. Esta misma actividad intelectual, creando nuevas necesidades y abriendo horizontes nuevos á la vida de las naciones, sin contar con los elementos suficientes para satisfacer las exigencias de esta faz de la evolución, es la causa profunda del socialismo, que amenaza destruir los cimientos del edificio tan trabajosamente levantado desde la caída del feudalismo, y sostenido por las ideas democráticas que, como dice González Serrano, "son algo más que un simple formalismo político, y algo menos que una panacea universal, que cure, por milagrosa y oculta virtud, todas las llagas y males de que adolece el organismo social."

Pero no es solamente como la savia de la Democracia, que lleva á todos los hombres el evangelio de las nuevas ideas, como el periódico llena su misión en ese continuo batallar de la inteligencia, sino que también es el alma del comercio, es el mentor de la industria, es el símbolo de la alianza entre todos los sabios que consagran su vida en el bien del progreso humano, y para concluir, podríamos considerarlo como la hoja indispensable para ir formando el ramillete antológico de la literatura de cada nación. Intérprete de la inteligencia, amigo del poeta, mensajero de la industria y del comercio, apóstol de todas las grandes aspiraciones del género humano. Puede estimarse como el sistema nervioso de las sociedades. Si el comercio es la sangre que las anima, el periodismo es el nervio que revela la cantidad de vida que poseen.

Tiene que llegar el periodismo á ser considerado como un factor inherente á la vida de los pueblos, y entonces, se formulará la ley de que el periódico dará á conocer el

valor de cada comunión política. Cuando esta ley llegue á formularse con todas sus dotes, entonces se habrá encontrado el correctivo para la prensa que se aparta de su noble misión, y que las leyes represivas y penales son impotentes para corregir. Pero si es bastante poderoso el sentimiento de dignidad patrio, de amor propio personal, de no aparecer en el juicio de la historia con la nota de insulso, y trivial ó bueno para nada, como lo son tantos periódicos, de cuya lectura no se saca ningún provecho y que sólo sirven para dar á conocer una nueva forma de manía, la que pudiéramos llamar *grafomanía*.

Si, el periódico ha nacido bajo el calor del progreso, como brotan los retoños al calor del sol porque era un elemento indispensable en la realización de los destinos de la humanidad. Y si muchas veces los hombres, cegados por sus pasiones, arrastrados por sus ambiciones bastardas, han prostituído la prensa con sus malas doctrinas, con sus perversas enseñanzas, con sus miras egoístas, ha habido en mayor escala periódicos dignos de conservarse en las bibliotecas, para que arrojen alguna luz al investigar las leyes de la historia. De los centenares de periódicos que se publican en nuestro país; de los millares de periódicos que se publican en los Estados Unidos, en las Américas del Centro y Sur, en Europa, cuán pocos son los que sobreviven por su mérito y su interés social! Y si los periódicos serios, que llenan su programa religiosamente están destinados á un olvido inevitable, ¿qué puede esperarles á los que alhagando las pasiones un día, tienen que ser vistos con desprecio hasta por los mismos sectarios, cuando el móvil del egoísmo exaltado no hable ya por sus labios? El periódico des-

pierta sus simpatías como los hombres, y así como nos agrada el amigo que tiene conversación amena, que nos ilustra con sus opiniones expuestas en su oportunidad, que nos arrastra en sus censuras cuando las funda en un criterio justo, que nos distrae cuando estamos preocupados y nos advierte el peligro cuando nos confiamos á nuestras propias fuerzas, nos es por el contrario repelente el gruñón que todo lo censura menos su vida propia, que todo le parece mal menos su opinión, que todo lo encuentra al revés menos su propia capa, que nos dice un piropo para enardecer el amor propio y preparar el aplauso á la diatriba que suelta contra nuestros enemigos, para hacer al día siguiente en contra nuestra lo mismo que ha hecho con nosotros en la casa del vecino, este hombre se enagena nuestras simpatías, y luego nos trata de orgullosos, perversos, y cuanto el diccionario le enseña de improprios para desahogar su despecho. Así pasa con el periódico, entre el que enseña y el que insulta, el que divierte y el que regaña. ¿Pero qué más castigo que el del olvido que les espera? Sin embargo, la sociedad debe trabajar por desterrar de su seno esos malos modelos, puesto que en virtud de las leyes de imitación, su ejemplo tendrá siempre imitadores. Afortunadamente las aspiraciones de la prensa actual, son más nobles y se encaminan cada día á su objeto fundamental. Hace unos diez años que apenas podrían contarse unos cinco ó seis periódicos pedagógicos en el país, y en la actualidad son ya algunas docenas los que se dedican á estos trabajos tan benéficos para la formación de la generación que se levanta. Igual movimiento hemos notado en la prensa de Centro-América y América del Sur, en donde la prensa peda-

gógica va tomando una importancia tal que está dominando completamente en interés social á la prensa política. ¿Qué juicio podemos formarnos de la evolución de aquellos pueblos que tal importancia dan á la instrucción pública y de las masas, destinando el periódico al más augusto de sus fines? La respuesta es ociosa.

Hagamos nosotros los votos más fervientes por que igual movimiento se desarrolle enérgico y firme en nuestro país, para que más tarde la sociología pueda formular un buen juicio de nuestro adelanto, registrando solamente los ejemplares de nuestra prensa nacional.

DR. DÍAZ DE LEÓN.

Aguascalientes, (Méjico.)

EN UN ALBUM



Para cantar tus gracias y virtudes
preciso es la expresión de cien laudes;
y pues tanto no puedo,
en silencio admirándote me quedo.

DOROTEO FONSECA.

San Salvador.

ÍNTIMA

(‘A ÉL.)

(Para “La Juventud Salvadoreña”)

Amado mío:

La mañana está fría, nebulosa
y triste como mi corazón.....

Tus cartas últimas, aunque ya
las sé de memoria, las repaso con
delicia. . . .; Son tan cariñosas y re-

flejan tanto amor! Sin embargo, en la última de ellas noto, aunque finamente encubiertas, delicadas reconvencciones: ¿qué ya no me acuerdo de tí? . . . Ah, no lo pienses, por piedad! . . . Hace tres meses, es cierto, que no te dirijo una sola letra; pero tu recuerdo no me ha abandonado un solo instante; y no te he escrito por cosas bien dolorosas; por no matar tus más bellas esperanzas: hoy es fuerza hacerlo, y es necesario que sepas, aunque se te desgarré el alma, que ya no hay felicidad posible para ti; que todo lo has perdido, puesto que te faltaré yo, yo que hubiera dado lo mejor de mi vida por no verte sufrir un solo instante!

Desde que tú te fuiste siento un gran vacío en mi corazón: me falta todo porque no estás tú; y he notado, últimamente, que mi organismo se va destruyendo con suma rapidez. La enfermedad producida por el exceso de sentimiento, por la exuberancia de afectos, ésa me mata. Ayer no más, estaba engañada,—pues los médicos que me asisten me ocultan cuidadosamente mi enfermedad;—pero hoy no: una amiga mía, compadecida de mi desesperación, pues la duda en mí es horrible, me ha dicho la verdad: no hay esperanza de salvación, y moriré muy luego. Cuando supe esto me sentí mejor; pero después, en la tarde, cuando bajé al jardín á evocar todos los recuerdos de nuestro pasado amor, se apoderó de mí la desesperanza, y no pude menos de llorar, de llorar por ti. . . . Por ti, que cuando vuelvas no encontrarás ya ni el perfume de la flor que adoraste!

He pensado muchas cosas: ¿por qué te conocí? ¿Por qué te amé? Ay, porque es preciso amar, y porque después de haber conocido, siquier por un sólo momento, la suprema embriaguez del amor correspondido, nada importa mo-

rir! . . . Y nosotros nos hemos adorado tan exclusiva, tan locamente, que Dios, quizá por eso, nos castiga con suma crueldad; á ti, sobre todo, porque yo moriré y tú vivirás agonizando con mi recuerdo, porque me has amado, me amas, y,—perdona mi vanidad—después de haberme amado, después de haber sorprendido los misterios de mi corazón, y comprendido la inmensa ternura que él encierra para ti, imposible, amado mío, imposible que puedas amar á otra mujer!

De cuántos goces, de cuántas ternuras nos ha privado la muerte. Tal vez sea bueno esto, porque, de lo contrario, ¡quién sabe como hubiera sido el encuentro de nuestras dos almas igualmente apasionadas! Si con solo pensar en tí las ideas languidecen en mi cabeza dominadas por el vértigo de la pasión ideal!

Nos amámos mucho y quizá nos comprendimos más; y hemos ¡ay! soñado tanto en nuestra futura unión, que antes de efectuarla Dios nos separa! Pero nos separa después que hemos comprendido el éxtasis supremo del amor, después que hemos sentido el arrobamiento de una pasión inmensa, sin que por eso mi ángel Pudor haya sentido mancharse lo menos de sus blancas alas!

El amor nuestro ha sido un amor voluptuosamente ideal; amor puro y acendrado como no habrá otro!

Nos hemos adorado y para siempre.

Hemos vivido juntos, y tu mano no ha estrechado la mía porque esa caricia nos hubiera sumergido en un éxtasis dulcísimo del que era preciso huír.

Soñamos mucho, y nuestro sueño no tendría dulce despertar!

Ay de los que aman si la diosa Fúnebre se interpone en su camino!

Ay de los que piensan en placeres santos!

Ay de nosotros que soñamos en un porvenir de dichas inefables!

Ay de nosotros que idealizamos el amor!

Todo se nos acabó!

Nuestro edén soñado es hoy paraíso perdido!

Nuestra dicha, humo, nada más.

Y el beso nupcial que tú ¡loco! soñabas depositarias en los labios frescos de tu desposada, no lo recibirán ni los pálidos y marchitos de tu virgen muerta!.....

Sé lo mucho que sufrirás al leer esta carta, tal vez la última que te dirija; sé que ella echará por tierra el palacio de tus más bellas ilusiones y segará en flor tus más queridas esperanzas; que, cual despiadado sepulturero, encerrará en negro ataúd tus amorosos delirios de ayer; pero ¡no importa! Es necesario que leas lo que te escribo y que recibas los pensamientos que esta mente, que es sólo tuya, produce en sus instantes de melancólica expansión!.....

La rosa que me diste el día en que te alejaste de mi lado, la guardo con religioso cariño; y sus pétalos, aunque ya mustios, como yo, conservan ese delicado aroma, ese néctar misterioso y embriagador que tus labios le dejaron.

Nada de lo que me diste quiero llevar: todo, todo te lo dejo para que, junto con lo que de mí guardas, formen la cadena simbólica que mantendrá unidas, al través de la tumba, tu alma con la mía!

Moriré tranquila porque tengo la firme creencia de que he sabido inspirarte una pasión inmortal; y será mi dulce muerte como un perfume que se desvanece, como una lágrima que se evapora, como un recuerdo que se pierde: algo así como en plácida tarde el agonizar de un rayo de Sol.....

Una cosa te pido, por lo que más

ames en este mundo, que soy yo, y es que no vengas á presenciar el adiós que yo dé á este triste mundo: será horrible para mí verte á mi lado, amante y loco de sentimiento, queriéndome dar una vida que ya no quiere animarme; y comprender que te he engañado porque no pude darte la felicidad que tantas veces te prometí, y que te he sido desleal porque he entregado á la muerte una vida que era sólo tuya... ¡Pobre amado mío!...

Antes de concluir esta carta quiero suplicarte que no llores cuando sepas mi muerte; que no sufras tanto por mi separación... ¡Para qué?... Si es cierto que hay otros mundos mejores que éste, á donde van nuestras almas, después de dejar el cuerpo en éste, yo te esperaré en el mejor de ellos, para que allá formemos nuestro risueño hogar, nuestro plácido nido calentado con tus besos y arrullado con el cántico tierno de nuestro inmarcesible amor.

Adiós, amado mío!.....Bésa el lugar en donde está mi nombre, para llevar el consuelo de que alguna vez se unieron nuestros labios en este mundo."

Por la copia.

LUCILA GAMERO MONCADA.
(Hondureña.)

Danlí, abril 5 de 1895.

MATINAL

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Nevado velo encubre la bóveda celeste;
La niebla se arregaza del Ande azul al pie;
Se extinguen de la aurora las últimas vislumbres,
Sonrisas pasajeras de púdica mujer.

El viento no remueve los árboles; tan solo
Se siente el sopro grato del aura matinal;

Deleitan el oído, del bosque los rumores,
Y el plácido murmullo del agua al resbalar.

Las mariposas tiernas en incansable ronda,
Asaltan los jardines en mágico tropel;
Y en las corolas frescas de las fragantes flores
El dulce néctar liban que apagará su sed.

Elévase á los aires en multiformes copas
El humo blanquecino de mi paterno hogar;
Ya bajo, entre su lecho de bosques y colinas,
Envuelta en blanca veste reposa la ciudad.

El ave al levantarse de la frondosa rama,
Donde al llegar las sombras á guarecerse fue,
Desprende del follaje las gotas de rosío.
Que lluvia de diamantes parecen al caer.

Las torres se desnudan de su impalpable túnica
Como la hermosa dama que arroja, al despertar,
Las sábanas que cubren sus formas voluptuosas,
Alzando la alba frente con lánguido ademán.

Los dilatados Andes ostentan majestuosos
Su gigantesco manto de zafirino tul;
Y tras sus crestas brillan las nubes agrupadas,
Como imponentes ruinas y alcázares de luz.

Resuenan en las frondas dulcísimos arpegio,
El céfiro prodiga sus besos á la flor;
Sacuden las palmeras sus crenchas de esmeralda,
Disípanse las brumas y resplandece el Sol!

E. GAMBOA.

Calí.—1895.

AGONIA Y MUERTE

A ELLA.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

"¡Pobre luz que se apaga!
¡pobre flor de mi vida!
¡pobre suspiro que en el aire vaga!
¡pobre mujer querida!"

Temblando, el alma sollozante,
llenos de dolor el corazón y la cabeza de sombríos pensamientos seguí anhelante todas las fases de tu penosa, dilatada enfermedad.

Primero allá en tu casita blanca,
en las noches de invierno ó en las

tardes serenas, sin más perspectiva que la de tu agonía quizá dolorosa, tranquila quizá, pero siempre tristísima y para mi corazón desgarradora; luego ella, la "pálida enlutada" llegando de noche, bajo un aguacero tal vez, cuando menos se esperase y más solas estuviéramos; y en seguida—ay! que esa idea jamás dejó de estremecerme—la camilla fúnebre y en ella tu pobre cuerpo muerto y ese último, doloroso viaje por donde tantas veces pasaste sonriente y dichosa....

Dios mío! eso era muy triste para mí. Y eso fue mi pesadilla, mi temor constante durante muchos meses.

Al fin Él, escuchando mis ruegos y los de la pobre anciana que tanto te quiso, dio á tu espíritu luz para conocer la amarga verdad y á tu cuerpo, tan débil, fuerza para resistir el camino que media entre tu casita blanca y la otra más blanca aún y más triste, que tú llamabas "mi tumba grande."

Llegaste: como milagro de Dios lo recibí y desde el fondo del alma le di por ello las gracias más hondamente sentidas.

Compañera y amiga mía, que Él vele por ambas!

* * *

"Deja que te rieguen las lágrimas."

Vestida de negro, inmóvil y pálida: así te vi la última noche, así quedaste fotografiada en mi alma. Contigo se fue una parte de mí misma, la mejor sin duda, aquélla que aun me hablaba de ilusiones y esperanzas. En tu recién abierta tumba, con el cuerpo que encerró tu alma sentidora se hundieron también todos los recuerdos de mi juventud.

Ah! si aun pudiera como cuando tenía quince años, como en a-

quelloſos días de mis primeros sufrimientos ¡cuánto lloraría, pobre mártir! A ti, último y muy querido resto de mis mayores, hermana de mi madre y amiga mía cuyo recuerdo doliente no me abandonará jamás! Algunas de las más ardientes lágrimas que mis ojos han vertido cayeron sobre tus manos blancas y tersas que, cuando niña, supieron acariciarme tantas veces; humedecieron tu frente pálida y aquellos ojos claros y apacibles, cuyas miradas tenían á veces misteriosas ternuras que nunca olvidaré, entonces ya cerrados para siempre.

Yo tuve valor para todo; y en el momento de partir, después de aquella triste despedida—tan dolorosa como recordada—puse sobre tu cuerpo las coronas que adornaron el féretro de tu adorado, cerré con mano trémula el negro ataúd y te di, llorando, mi último adiós.....

LEONOR.

8 de setiembre de 1895.

NOTAS

Tus ojos vierten luz, y brinda aliento el suave acento que tu pecho da, al corazón que moribundo espera la postrimera dicha acariciar.

*

Tu llanto ha sido para el pecho mío lo que el rocío á la expirante flor, y tu mirada ardiente y hechicera, la mensajera de febril pasión.

**

¡Sufres, mi bien? El fuego del cariño, implacable quebranta tu vigor;

yo quisiera apropiarme tu martirio y unirlo con el mío... por tu amor!..

*

Pero es fuerza sufrir. El sentimiento vierte en el alma dicha y aflicción: El dolor es crisol que purifica, y es el dolor la herencia de los dos.

I. ZELAYA.

1895.

REMEMBRANZAS

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

Siempre el pasado es bello, aunque en él se hallen los dolores que matan, las amarguras que agostan y los desencantos que extinguen todo cuanto hace bella la existencia.

.....Y corrían los días y los años con vertiginosa rapidez.... no sé qué tiene de analogía la luz crepuscular con los primeros días de mi juventud. Aquellas tardes, á veces radiantes, á veces melancólicas, otras, soberbias ora apacibles, ora risueñas en fin, trasunto fiel de mi agitado sér, visto desde la ya lejana cima del pasado.

.....¿Te acuerdas Rosa, de aquellas horas en que juntas nos paseábamos por la deliciosa playa de Las Flores? Recuerdas que tocábamos apenas en las puertas de la primavera? Pero primavera al fin, y huyó!

Todo cambió. Tú como buena y como bella, fuiste consagrada en el altar de tu hermoso ideal, que la virgen ruborosa ve siempre entre las niveas gasas de un *alado querubín*. ¡Te vestiste de trasparente blonda y orlada de rosas de jericó y de pálidas azucenas, trémula y palpitante, de gozo, sí, diste un paso, y entre el Santuario y

el vestíbulo, se esperaba aquel que hacía tu alma estremecer. La púdica veste fue cambiada por áspero sayal. Pero entonces te vi más y más bella. . . .

La corona de lirios que circundaba tu alabastrina frente fue sustituida por nítidas tocas, que ocultando tu larga cabellera negra tan negra como el ébano, resaltaba la pureza de tus aristocráticas líneas.

. . . . Inmóvil te contemplé. . . . Una lágrima furtiva abrasó mi pálida mejilla.

Tu última mirada, no la soporté, y tú oraste en el secreto de tu sér á aquél ante quien ofrendabas gustosa y satisfecha: belleza, juventud, talento, nombre, riquezas, afecto y. . . . por qué no concluir? más admiradores que las venus animadas por el pincel de Rafael!

Un año más tarde y en aquel mismo día. . . una nave me alejaba del suelo de mi infancia! Ya no recorrería en las tardes estivales las poéticas colinas en que juntas solíamos descansar. Tú separada del resto de los mortales, por tu exclusiva voluntad; yo, alejada, de cuantos seres amigos me brindaban su afecto, por la mano aleve del destino.

¿Volvería á verte? No lo sabía. Regresaría al paraíso, de la edad de las flores? Tampoco. ¿Tal vez una muralla, sería mi anticipada fosa.

Un mes contábamos de monótona travesía. Sólo las cenicientas cumbres de algunos picos volcánicos, se columbraban desde nuestro camarote. Estábamos en el vapor "Lucrecia."

Las tardes, sobre cubierta, se hacían menos largas, y de vez en cuando, mucho disfrutaba nuestra vista, con pequeñas embarcaciones que se alejaban, como aves errantes que nos guiaban; con enormes habitantes de las ondas que nos

asediaban y con todo aquello que jamás se ve ni en sueños, en tierra firme. Aquella distancia del suelo patrio, si no entibiaba los afectos, por lo menos los suavizaba y hacía calmar la sed de los recuerdos.

Después de aquellos días de constante navegación divisamos la alegre costa del Plata. ¡Hémos ahí en las soberbia república de las pampas! Aquella animación, aquel comercio, aquellos horizontes, aquel puerto-ciudad y ciudad-capital, y sobre todo, aquellas centenares de embarcaciones, que como aves acuáticas, revolotean en todas direcciones, dieron á mi fantasía más vuelo que todos los días juntos pasados en el vapor "Lucrecia."

Por aquí, un vapor mercante, por allí un buque de guerra, más allá una graciosa corbeta, más lejos, una altiva flota; más cerca un antiguo bergantín; entre tanto una ligera góndola y millares de espumosas velas inundando la playa. Y flameando ademán todos los colores, de los pabellones del planeta. Si es grande, si es bella la ciudad metrópoli vista en conjunto, aparece mucho más bella contemplada sólo sobre la dilatada playa.

Bañado todo esto, por los rayos de una despejada noche de luna y cuando está en toda su plenitud. Más aún, alegres estudiantinas de diferentes grupos y clubs, en ambulantes goletas, alegrando con armoniosos instrumentos á la ciudad navegante, y despidiendo muchos, á los caros seres que próximos á alejarse se dicen adiós en dolientes notas de Weber.

Desaparece la inmensa sábana de agua y sólo se distingue movimiento, vida, y un panorama paradisiaco, un mundo agitado sobre otro mundo.

La costa y sus rocosas murallas, la bóveda incommovible del éter,

la densa humareda de cien maquinarias y el frecuente silbido de vapores que se despiden. Oh cuánto me embargaban! La ignorada belleza de esas grandes ciudades, acaloraba mi imaginación, más que las leyendas de muchos bardos.

Aun no pára aquí. Recorrí más tarde aquellas encantadas y encantadoras pampas, á donde nuestras golondrinas emigran en busca de otra estación. Allí las saludé! allí también pude calcular la riqueza pecuaria de la república del Plata.

Desde la habitación donde os evoco, os envío un cariñoso saludo, ¡oh, vosotros desconocidos habitantes de esos llanos!

Aun recuerdo las frías mañanas de diciembre, cuando con sombrilla, como árabe y con un lápiz en la mano, recorría aquel gran desierto americano.

Doce años largos han pasado. Aquellas mañanas frías no se repetirán! Las tardes estivales de mi patria tampoco volverán; aquel cuadro trazado por la mano del Eterno, aun no se ha borrado, pero ya mi mente está fría, y yo perdí la febricitante luz de la alegría. Está el cuadro incoloro.

Sólo los años que de la juventud se alejan, esos sí están con colores abigarrados.

¿Quién me garantiza, que vuelva yo á ver las encantadas visiones paradisíacas del suelo argentino? Quién me asegura, que mi planta pueda posarse de nuevo, en las márgenes del caudaloso río que dio su nombre á aquel suelo feliz? Y si vuelvo, ¿quién sabe si estrecharé la mano cariñosa de cuantos serés me brindaron cariño y simpatía, cuando casi niña lloraba por el recuerdo de la distante tierra donde yacían mis hogares!

Rosa, tú entre tanto siempre be-

lla y muy feliz, volví á verte, te estreché en mis brazos, y llorámos de alegría.

Cierto es que tu nivea veste, está tan inmaculada como en aquel día en que ante el altar, celebraste tus místicos esponsales; cierto es que tú volviste al bullicio de la sociedad, pero no tomas parte en él; cierto es que tú eres la vestal de siempre.....pero, tus muros, tu altar, tu templo, ¿dónde están?

Tu altar es el espacio, tu templo es tu alma; tus muros son tus virtudes, y ese templo y esa alma y ese altar y ese muro, no los puede el tiempo destruir.

¡Qué feliz te contemplo, ya no en los albores de aquella tierna juventud, sino en la espléndida belleza de la mujer que ha dejado los dinteles de la vanidad y del egoísmo, para consagrarse al bien, y á la humanidad!

PILAR LARRAVE DE CASTELLANOS.

Guatemala, agosto—1895.

A Violeta.

[Para "La Juventud Salvadoreña."]

Nuestro infinito amor, tú bien lo sabes, vive en el corazón lleno de orgullo, como el gorgojo en las canoras aves, como el blando perfume en el capullo.

Cuando en las ondas del rubor te bañas, dejando tu ternura en transparencia, tras el negro festón de tus pestañas irradia sus fulgores la inocencia.

Cuando asoma á tus labios la sonrisa con la dulce embriaguez del embeleso; el alma que te adora, se electriza, y en un rayo de luz te manda un beso.

Cuando miro tu cuerpo, cuando miro tus bellas formas de escultura griega, el corazón que te ama, en un suspiro, hasta tu pecho palpitando llega.

Cuando me hablas con la íntima ternura con que mis grandes altiveces domas, me parece que siento en la espesura ese grato arrullar de las palomas.

Cuando cerca de ti, trémulo y mudo, aun no acierto á llamarte: mi querida, dudo de Dios y de mi vida dudo; porque, lejos de ti, no tengo vida.

Tenaz idea mi razón abruma, pensando que tu amor tiembla y se pierde como los copos de nevada espuma que riza el viento sobre la onda verde.

SIXTO MORALES.

Arequipa.—(Perú)

HORAS TRISTES.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Aquel día desperté triste, muy triste. No tuve deseos de salir y pasé encerrado, sin otra preocupación que la de leer algún libro, cualquiera, y la de estar repitiendo esta última parte de los sueños lúgubres y lastimeros que había tenido durante la noche:

"Una tierna oropéndola tuvo la desgracia de ver morir á su madre, entre las garras de un puñado de gavilanes."

Ya tarde, cansado, me asomé por la ventana. No esperaba nada bueno que aliviara el letargo de mi espíritu, que, á haber esperado, habría muerto de aficción. Aquella tarde estaba como mi alma, triste, sombría, horrible.

Jamás había visto volar con tan-

ta ligereza las nubes, y jamás las había visto tan negras y tan siniestras con sus amenazantes mucas. Como que preparaban una inundación entre rayos y retumbos.

El viento corría fuerte llevando en sus alas las primeras partículas del enfriamiento.

El horizonte disminuía, disminuía, deslizándose hacia el centro sobre el verde esmeralda de los montes y colinas.

A corta distancia de mí conversaban dos mujeres de ojos estirados. En una de las casas vecinas asomaba una cara, también de mujer, digno símbolo de la tristeza. Por allí, perdiendo á cada paso el centro de gravedad, lento, enclenque, haraposos y tísicos; iba un jovencito como de quince años, acabando de suicidarse con el ácido de una lima... acaso para no morir de hambre.

Todo estaba así horriblemente triste.

El jovencito tísico hizo estación en la acera de mi pieza. Le interrogué y en su voz se advertía el fastidio, la carencia absoluta de la salud del cuerpo y la salud del alma. Renegaba de todo, hasta de la hospitalidad que le ofrecí.

—Cómo te llamas, de dónde vienes?

—Me llamo Emilic y soy de x.

—Has venido solo?

—No.

—¿Con quién, pues?

—El señor N. es tahir y me trajo para que le cuidara los aparatos de que se vale para robar al prójimo. Esos aparatos son verdaderas atarrayas donde los peces—los aficionados al juego dejan por lo menos las escamas. Este señor me trata muy mal. Hace tres meses que le acompaño de pueblo en pueblo. Creo que será la última vez. Ya voy á morir.

—Y por qué te trata mal?

Hizo un movimiento de respiración y continuó:

—Figúrese Ud. Él roba todo el día y paga licencia para robar toda la noche. Cuando me toca dormir, es en los portales ó en las quincias de las puertas. Las sábanas no se han hecho ni se harán para mí. Además sólo me dá real y medio diarios. Con eso compro los alimentos más baratos. Ayer y hoy he pasado comiendo limas. A veces, cuando se emborracha, también me paga con patadas.

—Y tienes familia?

—No.

—¿Eres huérfano?....

—Sí.

—Desollejé otra lima y se levantó para seguir su camino ¡qué camino! Aquel cuerpecito ya hedía á cadáver. Por momentos me parecía ver el desprendimiento natural de los brazos, ó el costalito inmóvil, apachado, como suciedad de alguna casa, tirado á la calle para el carro de basura. Llegó á la esquina y cruzó sin detenerse; pero yo seguía viéndolo allí, andando, sin pasar, expuesto á los empujes del huracán, roto, como un renilete lleno de plumas empolvadas.

En el lugar donde se sentó, dejó residuos de lima ensangrentados.

Yo seguía triste, pero con una tristeza más variada, más lúgubre y más extensa. Había entrado á la esfera de la reflexión y hasta osé inquirir la causa por la que Dios tiene la sangre fría—por decirlo así—de ir cortando tan á pausas el hilo de ciertas vidas.

Luego escuché gritos roncós y fuertes de gente que se aproximaba. Mujeres iban y mujeres venían. Unas con los rebozos sueltos al aire, otras, ligeras, regaban en la calle las vendimias de los cestos ¿qué pasaba? En todo aque-

llo se veía el espanto, la aficción, la cólera.

Yo esperé.....

Eran los negros, los negros salvajes que trabajaban en la línea ferrea. Beodos, temibles, bárbaros.

A los pliegues netos de una sonrisa siniestra, acompañaban un movimiento estúpido de masticación, y, mientras ellos pasaban, de las bocas temblorosas salían estas palabras: herejes, brutos, bandidos, bestias.

Iban comiendo carne humana.

Se habían distribuido el cuerpo de un hombre á quien ellos mismos dieron muerte.

Uno acababa de dejar en blanco los huesos de una mano; otro hincaba los caninos en un trozo de lomo; tres, parados, labraban huesos frotándolos en pedazos de ladrillos para sacar cubitos y luego jugar al dado; y todos comían y todos reían. Cuerpos negros, corazones negros, almas negras.

De quién serían aquellos huesos y aquellos pedazos de carne pálida como de pescado? De quién aquellos fragmentos de cuerpo donde vivió un alma, un alma que talvez sería noble?

Irían los bandidos á corta distancia de la población cuando pasó una escolta que los perseguía, y un soldado de esta escolta, conocedor del hecho, satisfizo la justa curiosidad de la gente refiriendo á grandes rasgos la triste historia del asesinado.

Era un pobre labriego. Se llamaba Marcos Pérez. Le decían ño Marcos.

Nació en el campo y en él vivió hasta morir.

Había llorado la muerte de cinco hijos y la de su esposa. Para que llorara la suya, Dios le conservó á su hija última, Juana, que apenas le sobrevivió dos horas.

Ño Marcos era un hombre honrado y trabajador; de esos campesinos que sólo piensan en las estaciones, en el tiempo de las siembras y cosechas. De esos que jamás escuchan otra música que la que les llega de los árboles y de las fuentes cristalinas, la más casta, la más natural, y rara vez, la que brota de los templos, cuando acudía al pueblo en los días de gran festividad. Hombre consagrado á Dios, al trabajo y á su hogar.

Penalidades de guerras, de pobreza, de enfermedades, todo lo había arrostrado con valor y serenidad. Convencido de que jamás tendría descanso ni dinero para aliviar sus últimos días, se limitó á ganar lo muy necesario para el presente, y economizar así, en parte, el calor de su ya debilitado cuerpo.

Solo, anciano y pobre, le preocupaba mucho el porvenir de su hija, de su hija tan pura como graciosa.

Un día le amaneció sin esperanzas de nada. No tenía trabajo ni qué comer.

Era dueño de un rancho de paja y de una manzana de terreno; pero esos bienes no podía venderlos. Los reservaba para sus funerales y para su Juanita.

Salió y fue á buscar frutas á una selva inmediata.

Cuando él se ocupaba en subir y bajar de los árboles, por allá, cerca de su casucha sucedía esto:

Era un grupo de negros. Precisamente de los mismos antropófagos que la escolta perseguía. Tramaban un crimen, crimen horrible que bien pronto debió de perpetrarse.

Sabían que ño Marcos tenía una hija, una niña de 14 años, blanca, bella, pura, y ellos querían gozarse en deshacer lo que la naturaleza,

esmerada, hizo en aquel precioso cuerpecillo.

Ya el buen hombre regresa de la selva, cargado de frutas. Un conocido de él lo sorprende en el camino y le dice:

—¡Ola! ño Marcos, por qué viene sonriéndose?

—Y qué vengo sonriéndome?

—Vaya! ¿No lo siente Ud., ó va loco?

Los labios del infeliz revelaban su oculta alegría, y contestó:

—Pues quizás es porque he hallado qué comer. Veo que Dios no quiere que muramos de hambre mi hija y yo. ¡Bendito sea!

Los negros dieron principio á la ejecución del plan.

Llegaron á casa del anciano. Le ofrecieron una plaza vacante en los trabajos de la línea férrea. Se ocuparía en taladrar piedras y ganaría sesenta y dos centavos diarios. El pobre aceptó desde luego, sin objeción alguna y se comprometió comenzar el día siguiente.

Mientras este trato se hacía, Juanita temblaba, se moría de miedo; la presencia de aquellos negros le incomodaba. Trajo á la memoria todas las oraciones que aprendió de niñita, volvió los ojos á Dios y confió.

Los negros realizarían su intento. Todo lo demás se reducía á halagar al anciano durante cuatro días, proponerle que les vendiera á la hija y matarlo si no quería.

El triste anciano, como era de suponerse, optó por la muerte. Cómo, decía, vender á mi hija, á mi Juanita de mi alma? . . . ¡jamás!

El crimen se consumó á las doce y media del día, hora en que ño Marcos recomenzaba su faena de taladrador. Todo fue que un grupo de negros se acercara, armados de enormes martillos y que descargaran sobre él.

Juanita, algo distante, se ocupaba en labar los trastos que le ha-

bían servido en el almuerzo; pero también ya estaba rodeada de negros quienes sólo por breve instante la dejaron ver los restos ensangrentados de su pobre padre. Lo que hicieron con ella es inaudito.

¡Desdichados seres que no vivieron sino para apurar hasta las heces todas las amarguras de la vida!

Esa es la historia que refirió el soldado, y yo, después de meditar profundamente sobre el trágico suceso, me quedé repitiendo, hasta dormirme, la última parte de los sueños lúgubres y lastimeros que había tenido durante la noche:

“Una tierna oropéndola tuvo la desgracia de ver morir á su madre entre las garras de un puñado de gavilanes.”

SALVADOR DÍAZ.

INTIMA.

[Para “La Juventud Salvadoreña.”]

Mira ese cielo azul que te contempla
 Con sus áureas pupilas,
 Las estrellas, que tiemblan envidiosas
 Si tus ojos las miran.
 ¿No sientes esa brisa que te besa
 Con íntimo arrebato?
 ¿No escuchas el murmurio de esa fuente
 Que te arrulla, amorosa, con su canto?
 ¿No miras, de esas aguas cristalinas,
 La limpia transparencia
 Que tu imagen purísima retrata
 En todo el esplendor de su belleza?
 Pues oye: el alma mía
 Es ese cielo azul que te contempla,
 La fuente en que tu imagen se retrata
 Y la brisa amorosa que te besa.

L. L. y L.

MI DUDA

Pienso que la vida es un castigo.

Este murmullo interminable que se levanta en mi derredor; este silencio sepulcral en que cae mi alma; esta quietud fatídica de mis ideas, de repente, causan en mi espíritu el efecto de una explosión eléctrica.

Vuelvo á vivir.

Qué busco? Qué anhelo? ¿Acaso una mirada compasiva, una palabra consoladora, una sonrisa de castos labios?

Aquí, dentro de mi alma hay un altar.

En él he colocado una virgen. Su manto es blanco como la nieve; sus ojos, negros; su cabellera, suelta; sus manos seráficas descansan sobre el pecho; sus tersos dedos, entrelazados; su mirada profunda, noble, invariable, se dirige hacia lo alto, busca á Dios á través del infinito; la olímpica diadema de Minerva, resplandece sobre su frente pálida.....

Al pie de ese altar elevo mis tristes plegarias al cielo, y la virgen, majestuosa, llena de fulgores celestiales, sonríe, vuelve sus divinos ojos hacia mí y con una mirada amorosa bendice mi fe.

Pero la última vez que me he arrodillado para implorar la bendición que fortalece mi espíritu, la virgen, la candorosa virgen ya no me dirigió aquella apacible y dulce mirada con que inflama mi corazón de amor...Apagó las hechiceras pupilas, inclinó la cabeza sobre el pecho...y prorrumpió en tiernos sollozos.....

Rugué con devoción y mis ruegos fueron inútiles. La virgen sigue sollozando y las gotas cristalinas que ruedan lentas por su inmaculada faz, caen en el fondo de mi alma, al pie del altar.....

**

Pienso que la vida es un castigo.

Reírse un instante para llorar en seguida, para sentir en el alma retorcerse cruel la cuchilla del dolor, para extinguirse en el martirio de la desesperanza, para rodar inerte en la pendiente oscura del destino y de un golpe, de un solo golpe mortal, hundirse para siempre en la hedionda fosa de un cementerio,.....esto es vivir.....

Y las ilusiones, qué son? Y el porvenir, qué significa? Dónde está? Cuándo se alcanza?

Ah! En vano se agitan las ideas dentro de este círculo de hierro que se llama *la duda*.

Las ilusiones, son ilusiones. Tras ellas se llega á un término cierto, se ve un sepulcro.

Allí está el porvenir. Ese misterio...es.....

Sí, el porvenir es la tumba!....

**

Pienso que la vida es un castigo.

En este mundo-bola, cuyo centro de gravedad, está en todas partes y no se percibe en ninguna; en donde la Envidia tiene su trono inderrrible; en donde la Infamia tiene alas y vuela y arrastra las miradas de los incautos, tiene puñales de dos filos y hiere de un lado á la inocencia y de otro lado á la honradez; en donde la Ingratitud se pasea altiva en medio de las sociedades, tiene orgías y estrecha las manos de los hombres y cambia sonrisas con las bellas hijas de Venus; en donde el amigo es proyectil que hace explosión en el momento más impensado y lacera—no el cuerpo,—sino el alma; en donde el amor es una farsa; la lealtad, un sarcasmo; la fe, una palabra sin sentido; en este mundo enmascarado, hecho más bien para seres semejantes á las siniestras imágenes

que rodeaban el trono sombrío de Plutón, quién no vacila? ¿Quién no siente la horrible pesadumbre de un desengaño funesto?

¡Oh, humanidad! Este vaho negro que se levanta, sin cesar, de las conciencias pútridas, se cuaja en las alturas y forma densa nube que empaña el límpido cielo en cuyos dilatados confines brilla la luz purificadora de la verdad.

Y Dios, que todo lo ve, que todo lo juzga, que todo lo puede, ¿dónde está que no envía aún el ángel salvador, con su espada de fuego, para que siegue la zizaña humana é incendie todas las impurezas hacinadas en las conciencias de los perversos?

Vive el mal.

Es espectro que asecha. Se disuelve como las sustancias espirituosas.

Camina bajo nuestras plantas, convertido en abismo.

Se transforma. Es hombre, nos habla, se sienta con nosotros á la mesa, bebe en nuestra copa, nos halaga, á veces se constituye en falso mentor, se despide, vuelve á ser sombra....y..... se aleja.....se aleja.....

Lleva la urna funeraria en donde van encerrados los despojos del alma.....

Ya siento yo que me quedo sin la mía.....

Estoy muy triste.

En mis entrañas, un dolor profundo consume todas mis fuerzas.

Me quejo solo, en silencio.

Soy huérfano.

¡Madre mía! Y Dios, por qué no me oye?

Esta es mi duda!.....

ALONSO REYES G.

Epílogo

Que mucho nos quisimos? Es muy cierto.
Pero al fin cambiamos...? Positivo.
Pues olvidemos ese amor ya muerto
mientras nos queda el escarmiento vivo.

Sabelio.

San Salvador.

Mis predilectos.

I

JULIO FLÓREZ.

A JNDALECIO ZELAYA.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Así como para todas las cosas se tiene particulares predilecciones, en la literatura tengo yo, puedo decir, mis poetas predilectos. Mi temperamento, demasiado impresionable, me arrastra con delicia hacia todo aquello que nace en las fuentes de la inspiración melancólica y en aquellas en que el sentimiento, aunado á las tristezas inefables, transporta al espíritu á la región encantada y luminosa del Ensueño. Amo á los poetas pálidos, á aquéllos que, adormecidos en brazos de la fantasía, sueltan las alas á su fecunda inspiración y levantan el vuelo hacia las altas esferas del Ideal; allí donde todo es encanto, luz, armonía y en donde se vive bajo la sujeción de las dichas imposibles. Yo que, solo, gozo allá en mis horas tristes, voy buscando en todos los labios la sonrisa amarga, la dolo-

rosa huella del dolor acerbo, los pétalos marchitos de las esperanzas muertas. La queja lastimera del dolor es para mi alma la más dulce sinfonía. Por eso cuando me siento arrastrado por la incurable nostalgia de lo imposible y busco un lenitivo, algo que me fortalezca en la lucha emprendida contra la adversidad, lo encuentro en las estrofas de Julio Flórez, llenas de una sensibilidad exquisita y de una limpidez deslumbradora, á través de las cuales se ve una alma dolorida, formada de sentimiento, que es presa también de la a-brumadora nostalgia de la dicha.

Todo lo que canta Flórez, no es sólo un canto, es también una queja, un grito salido de su alma que, al par que siente las atracciones del abismo, siente los vértigos de las cimas. El espíritu de Flórez es esencialmente creador. Para vivir ha de crear y así como se ve su inspiración, en algunos de sus versos, llena de fortaleza, se la ve en otros pálida, agonizante, como si saliera envuelta en las densas brumas de su alma. Todo depende del estado de su temperamento; pero nunca, jamás, deja de ser poeta. Cuando leo á Flórez, experimento una sensación de placer indefinible; paréceme estar escuchando una música harmoniosa que llevara entre sus notas, todas mis tristezas acompañadas de mis esperanzas muertas y de mis esperanzas nacientes. En sus *Gotas de ajerjo* es donde puede verse, como á través de un sutil manto de tul, esa tristeza atrayente y encantadora que hace amar á Flórez como artista y sobre todo como poeta.

LUIS LAGOS Y LIAGOS.

BIBLIOGRAFÍA.

ARTURO A. AMBROGI.

Á PROPÓSITO DEL LIBRO

"CUENTOS Y FANTASIAS."

Cuando en 1893 apareció *Bibelots*, la prensa tuvo mucho qué hacer, como si se tratara de un acontecimiento. La publicación de "la obra de un niño" fue recibida como un suceso extraño, á que no se está acostumbrado. En multitud de revistas y periódicos se reproducían constantemente los escritos del libro *Bibelots*. J. F. Amy tradujo al inglés "La Canción del Champagne", que alcanzó gran número de reproducciones.

Muchos juicios críticos se hicieron á propósito de la obrita de Ambroggi: unos encomiándola; otros condenándola. Y hubo quienes lanzasen algo así como una voz de alarma, no ya tratándose únicamente del libro en cuestión, sino respecto del *decadentismo* (?). Y era de citar á los franceses, y con ellos Rubén Darío iba y venía, ora conducido en triunfo, ora apaleado hasta no más. Y todo con motivo de *Bibelots*.

No sé, entre tanto, qué efecto le causaría á Arturo su propia situación; qué pasaba en el alma del niño, recibiendo impresiones distintas á causa de su obra. Allí aparecía ensalzado, elogiado hasta lo último; allá, combatido con encarnizamiento cruel. Por un lado el aplauso que regocija el alma; por otro la burla que hiere en mitad del corazón.

Yo admiro la fuerza moral de Arturo: como si tales burlas hiciesen en él un efecto contrario, continuaba escribiendo nuevos artículos, que volaban en alas de la prensa amiga.

¿Qué pensé yo del libro *Bibelots*? Qué juicio me formé de su autor? Del libro, exceptuando *La Canción del Champagne* y *La Leyenda del Rey Bebé*, pensé que era "palabras, palabras, palabras".... Para formarme un juicio del autor, esperé.

II

Después de publicado *Bibelots*, Ambroggi, como he dicho, continuó escribiendo aquí, y colaborando en la prensa extranjera.

Yo seguía, con no sé qué interés, los ensayos de vuelo de esa inteligencia joven y loca. Y observaba cómo, á través de esa bruma gris que lo envolvía, pasaba á veces algo como un débil rayo del sol que deslumbra.

Entretanto, los jóvenes modernistas de América se encargaban de difundir la fama que en esa escuela iba adquiriendo el nuevo escritor. Digo mal: no sólo los jóvenes: algunos *viejos* se fijaron en el niño. Ricardo Palma, Numa Pompilio Llona, Bolet Peraza y otros de tal talla le escribían hermosísimas cartas; y las revistas *Azul y Gris* y *Las Tres Américas* publicaron su retrato.

Los triunfos de mi amigo me regocijaban; pero asombrábame el ruido de esos triunfos. Me parecía que todo eso estaba bien, pero qué, mirado desde cierto punto, todo eso era mucho. Y hago constar aquí que me entusiasma un esfuerzo por pequeño que sea. Yo aplaudía al muchacho que miraba á lo alto; pero no encontraba al escritor. Acaso consistía en la *escuela*, que nunca me ha gustado, por más que se empeñen algunos en afiliarme en ella.

Mas yo espiaba siempre el instante en que comenzara la transformación.

Y el día llegó.

Publicábase *La Semana Lite-*

raria, de que no fui colaborador, y allí encontré, entre las frases locas de un cuento de Arturo, giros tan elegantes, tan llenos de buen gusto, que hubieran hecho sonreír á Gutiérrez Nájera. El artículo se titula "De Blanco." Aquí empezó mi admiración.

III

Poco después, y por iniciativa de este muchacho incansable y del entusiasta Victor Jerez, se fundó el semanal de letras *El Figaro*, que acaba de cumplir un año de vida. En este periódico, desdeñado por los viejos, que miran de reojo á la generación que se levanta vigorosa, leído por los ojos "húmedos y tiernos" de las niñas amantes; en este semanal, en que hay más de una historia de amor, que me es querido, á mí especialmente, porque guarda en sus páginas adorados recuerdos, en este *Figaro* inquieto, fue depositando Arturo, como en rica urna, las joyas más preciadas de su imaginación que despertaba á un mundo superior.

Me volví asiduo lector de Ambrogi. Ya encontraba en sus artículos algo de juicio, y en muchos de ellos, en frases arrojadas al acaso, sorprendí lo que á mí me parece que es el alma de la poesía: el sentimiento.

Para que el prisma de la fantasía del joven escritor presentara una nueva fase, creo que influyó muchísimo un acontecimiento doloroso: la muerte de CRISTINA, la hermanita adorada. Las primeras lágrimas fervientes de mi amigo cayeron sobre el blanco ataúd; el primer grito de dolor de esa alma que ignoraba la pena, está encerrado en unas páginas sublimes que llevan por título "CALÉNDULAS—CRISTINA." Yo he leído esto y me he sentido conmovido..... ¡feli-

ces los que escriben, y, como sienten, hacen sentir, al que los lee! En el gran fondo azul y rosa de la literatura de Ambrogi, ese artículo es una pincelada negra, medio desvanecida por el toque ligero de una lágrima.

Sea porque este suceso desgraciado dejara impresionada el alma de mi amigo, ó porque él comprendiera que el sentimiento es también una senda del arte, después, de cuando en cuando, y así como al descuido, ha ido echando del alma cosas que no sospechábamos que hubiera allí.

Cuando deja el francesismo, que ya lo va dejando, quizá sin que él lo quiera, y describe escenas reales de su vida en *San Salvador*, entonces hace trabajos tan delicados y juiciosos como *Mis temporadas de verano*, *De mis buenos tiempos*. De diversas maneras ensaya Ambrogi su talento: ya le seduce el cuento picaresco, la escena voluptuosa; ya se pone pensativo bajo las arcadas del templo, y la música cristiana y la solemne grandeza de las cosas de Dios, y la dulce sonrisa de María, le inspiran una página mística titulada *El Salmo*.

También escribe sobre las obras de otros: no podrían llamarse juicios críticos los que hace entonces: son sus impresiones, tales como él las siente, lo que dice respecto de los demás. Y no entro en más consideraciones sobre este punto, porque por ahí tiene un artículo, que le agradezco mucho, acerca de mi humilde personalidad.

Los que conocemos á Arturo no podemos dejar de sonreír cuando escribe como hombre de experiencia, y habla de *viejos recuerdos*, de flores secas, de retratos medio borrados, de la novia que murió ó que olvidó, de que su alma es *ya* una casa vacía. Todas estas cosas, digo yo, llegarán al fin; cuando pasen, escribiré de ellas, no ya

con la sonrisa del que nos dice una encantadora mentira, sino.... (Ojalá nunca llegue este día.)

Como el colibrí inquieto que va por los jardines picando en cada flor, así la imaginación de Arturo revolotea en el jardín espléndido del arte, libando donde quiera el néctar divino de la inspiración. ¿Qué es lo que le seduce más? El ha hecho su profesión de fé en una página cuya dedicatoria me honra, y que se llama *Mi culto*. Después de decir todo lo que ama, lo que le entusiasma, lo que le inspira, concluye así: "Soy el hombre de todos; el que ama el arte como se ama una novia."

IV

¡Cuán juicioso encuentro á Ambrogi hoy que leo su libro, *Cuentos y Fantasías* — y lo comparo con su primera obra! El decadentismo se fué. Ha habido una sorprendente evolución. Aquellas "palabras" que corrían en tropel loco á través de las páginas de *Bibelots*, hoy tienen vida, hoy encierran ideas ligadas por el lazo misterioso del arte; son como traviesas colegialas que cansadas de correr y jugar en prado amenísimo, cruzan después por él radiantes de belleza, asidas de las manos, departiendo con un airecito de seriedad, traicionada de cuando en cuando por la pícaro sonrisa infantil.

V

Yo era uno de los que luchaban con Ambrogi por hacerle estudiar un poco de nuestra literatura clásica; porque se hiciera amigo de esos ingenios que hicieron brillar con resplandores de oro la Lengua Castellana. Hace tiempo que ya no le hablo de estas cosas; para no hacerlo, me puse á pensar:—¿por qué pretender que vaya por deter-

minado camino esta fantasía que tiene alas para volar libre en el espacio? Ya soy de los que creen que el talento no debe sujetarse á reglas, siempre que no traspase e límite de la razón.

Para concluir, repito aquí las palabras que creo haber dicho en otra parte: "dejemos á Arturo con sus coqueterías encantadoras: ese es su mundo; allí estará hasta que insensiblemente escale una esfera superior."

Del libro *Cuentos y Fantasías* pienso lo que dijo Gavidia de él:— "es una primavera asombrosa en que han nacido mezcladas la maleza y las flores, como sucede en la lujuria de la naturaleza."

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador.—1895.

Crónicas de la Antigua Guatemala

Acabamos de leer la última línea de este libro, debido á la pluma del brillante polemista Agustín Mencos F., á quien ya tuvimos el gusto de conocer en anteriores trabajos literarios de indisputable mérito.

Los argumentos de las diferentes narraciones, como el título lo confiesa, están tomados de los cronistas Vásquez, Bernal Díaz del Castillo, Jiménez, etc. La naturalidad nos cautiva desde el principio de la lectura. Floreciente en muchas porciones de nuestra América esa literatura de relumbrón, imitación desgraciada de algunos escritores franceses, que se ha impuesto la tarea ingrata, que Dios perdone, de enriquecer el castellano con recortes parisienses; la obra que acabamos de dejar se alza como una protesta muda pero elocuente contra esos poetas y escri-

tores de *acuarelas*, *medallones* y *nocturnales*, que tan aficionados son á la botánica, aunque maldito el conocimiento que de ella tienen.

El señor Mencos tendrá para estos escritores, el gran pecado de querer escribir en cristiano, como es usanza en toda tierra de garbanzos. Ni una vez siquiera se le ocurre citar á *papá* Daudet, como algunos que yo conozco, que se valen de su nombre para que se les perdone los desatinos que á borbotones salen de su pluma desde que se colocan frente á las *blancas* cuartillas. La lengua española, gracias á Dios, no tiene necesidad de mendigar vocablos disparatados, importados allende los Pirineos. Lo que puede adquirir con tales viajes es una enfermedad *galicana*, de que tendrán que curarla tan buenos médicos como Menéndez Pelayo, Valera, Núñez de Arce y otros igualmente instruidos y patriotas. Dios recompense al señor Mencos porque no ha querido, como algunos modernos, avergonzarse de hablar en español.

Todos los asuntos desarrollados por el autor revelan una segunda intención muy marcada. La moraleja que se saca de cada cuento, como el llamado *Aquellos tiempos*, entraña una lección de historia y de política digna de serias meditaciones.

Si el lector quiere encontrar en estas Crónicas ese estilo ligero, y vaporoso de Cutule Mendés, ó de Aureliano Scholl, déje el libro del señor Mencos. Como buen patriota, el autor cree que tenemos en casa muy oportunos motivos artísticos, sin necesidad de querer pintar un invierno como los de Dinamarca ó un círculo de amigos en una casa de *diversión*. Y á fe que el autor tiene razón que le sobra, como arriba hemos dejado escrito.

Sería una injusticia querer en-

contrar en estas sabrosas crónicas la misma personalidad literaria de Ricardo Palma, maestro consumado é inimitable en este género literario. A fuer de verídicos, no diremos que lo iguale el autor del libro que hemos leído. No podemos ni sabemos decir si el señor Mencos lo ha tomado como modelo; pero, si no han faltado escritores que quieran seguir la huella dejada por Palma, ninguno conocemos que pueda compararse con el narrador guatemalteco. Confesamos desde luego que no tenemos infulas literarias de ninguna clase: al escribir estas líneas no juzgamos sino que expresamos nuestro modo de pensar sobre la personalidad literaria de un escritor á quien tenemos cariño sin conocerle.

A los que deseen aspirar el perfume de las primeras flores de la infancia, cuando nos agrupábamos medrosos en derredor del bardo que nos narraba la historia de la *Sigüanaba*, el *Tío Coyote* y la *Mano peluda*, recomendamos las Crónicas de la Antigua Guatemala, libro que tiene pensamientos que han sido los nuestros, que nos trae el olor de la tierra lejana, que habla el lenguaje de nuestros recuerdos, más queridos mientras más distantes.

Queda cumplido el encargo que nos dió el laborioso Redactor de *La Juventud Salvadoreña* al pedirnos nuestra opinión sobre las *Crónicas de la Antigua Guatemala*.

J. SAMUEL ORTIZ.

San Salvador, Noviembre de 1895.

“BESOS”

Nuestro buen amigo Sixto Morales—poeta de la generación nueva—ha escrito un poema del que debe estar satisfecho, pues él viene á afianzar en el concepto de aquellos que no ven en la poesía un entretenimiento soso como el descifrar charadas ó jugar al tejo, sino algo revelador de la cultura y las evoluciones del espíritu; viene á afianzar, repetimos, el convencimiento de que Sixto Morales es un joven escritor en el que las cualidades artísticas abundan y en el que los defectos son de fácil extirpación. “Besos” es un poemita que revela espíritu de observación al paso que timidez. La silueta del naturalismo ha pasado encubierta, tapando sus desnudeces por la mente del autor.

.....

.....

.....

A Nicanor Bolet Peraza está dedicado “Besos.” El ilustre escritor venezolano, no dudamos, habrá quedado complacido del poema. Bolet Peraza es acreedor al agradecimiento de la juventud literaria de América, á la que dispensa tantas muestras de simpatía. Puede decirse que es el único, entre los viejos, que ha comprendido ampliamente el espíritu modernista y la índole artística de la generación literaria de las postrimerías del siglo XIX.

Enviamos un sincero apretón de manos á Sixto Morales.

CLEMENTE PALMA.

NOTAS.

BÉCQUER A LOS DIEZ Y SEIS AÑOS.

En el otoño de 1853 nos veíamos con frecuencia, paseábamos y hasta soñábamos juntos Gustavo Bécquer, Narciso Campillo y yo.

Residíamos en Sevilla, donde mis dos amigos habían nacido, y donde yo me hallaba como de paso.

Los tres, llenos de ilusiones, halagados por mágicas esperanzas, nos comunicábamos nuestras ideas, nuestras aspiraciones, y no era la menor, entre las últimas, la de alcanzar la fama de los grandes poetas á quienes admirábamos, entre los que Goethe, Shakespeare y Byron figuraban en primer término.

Bécquer vivía de la caridad de un tío suyo, pintor como su padre y como su hermano Valeriano. Campillo disfrutaba de mejor posición: su madre, una mujer valerosa, trabajaba con heroísmo para que su hijo, huérfano de padre, pudiera seguir la carrera que con tanta brillantez acabó. Yo vivía en los linderos de la pobreza.

Nuestra precaria situación nos impulsaba á abandonar á menudo la ciudad tentadora, con sus cafés, sus montañeses y sus teatros, á perdernos en el campo bajo los olivares; en una palabra á buscar la naturaleza, en cuyo seno podíamos considerarnos ricos ó poco menos.

Una tarde, después de un largo paseo por la orilla del río, nuestra conversación perdió la vaguedad que solía caracterizarla. Éramos ya hombres; Campillo había cumplido diez y ocho años; Bécquer y yo teníamos diez y seis. No podíamos perder más tiempo; debíamos tomar una resolución formal para asegurarnos un porvenir.

Por de pronto, nuestras miradas se fijaron en Madrid: la corte era el

palenque donde debíamos luchar.

Con este motivo yo fui aquella tarde á los ojos de mis dos compañeros de ilusiones, poco menos que un oráculo.

Yo era de Madrid, habia vivido casi siempre en Madrid, debía regresar en breve á Madrid con mi familia. . . . Intuitivamente, obedeciendo á esa petulancia natural en todas las personas en los momentos en que sirven para algo, ponderaba yo las facilidades que nosotros, *genios* ignorados entonces, debíamos hallar en Madrid para realizar nuestros deseos.

En honor de la verdad, yo habia perdido, ó mejor dicho, no me habia tomado hasta entonces el trabajo de darme cuenta de la noción siquiera de mi ciudad natal. Bécquer nos pintó el Madrid que él veía en su imaginación; yo aseguré que era tal como Bécquer lo pintaba, porque su descripción me entusiasmó; Campillo, algo más práctico que nosotros, y á quien sus gustos clásicos permitían vivir á la vez en el cielo y en la tierra, preguntaba detalles que, aunque prosaicos, daban idea de su buen sentido: yo contesté satisfactoriamente á sus preguntas, los tres nos embriagamos de entusiasmo y nos juramos, ya de noche, á la luz de la luna que reinaba sobre las aguas del Guadalquivir, trasladarnos á Madrid, ser aquí hermanos, y convertirnos en los poetas más célebres de nuestros tiempos.

—No podemos ir con las manos vacías, decía Campillo.

—De ningún modo, añadía Bécquer: necesitamos llevar por lo menos un tomo de poesías.

—Entre los tres, pronto reuniremos las necesarias, decía yo con la más profunda convicción.

—¡Poco á poco! exclamaba Campillo, revelando su gran conciencia literaria; no vamos á imprimir todas las composiciones que ya he-

mos hecho ó podemos hacer. Un tomo, y más colaborando para formarlo tres poetas, exige obras de verdadero mérito.

—¡Obras de primer orden, inspiradas!

—Sólo así encontraremos editor en seguida.

—Por eso no hay que apurarse, decía yo con la mejor buena fe, nos sobrarán editores.

—¿Que nos pagarán bien?

—¡Ya lo creo!

—¿Como cuánto podrán darnos por el tomo? me preguntó Campillo.

—Un dineral, contestó Bécquer antes que yo pudiera responder.

—¡Eso es, una fortuna! asenté yo.

—Seremos ricos.

—Haremos felices á nuestras familias.

—¡Yo por mi madre lo deseo! dijo Campillo.

Bécquer y yo nos miramos con tristeza: no teníamos madre!

Después de un largo y animado debate, convinimos en reunirnos todas las noches en casa de Campillo. Allí, en el camaranchón (*sobrado* llaman en Sevilla á esta pieza), en el camaranchón que le servía de gabinete de estudio, leeríamos las composiciones que escribiéramos, serian escrupulosamente examinadas, desechadas ó sometidas á corrección, y cuando por unanimidad aprobásemos una obra, bien copiada por un hermano de Bécquer que tenía excelente letra, seria depositada en una arquita de madera de pino que poseía Campillo.

Este pacto se cumplió al pie de la letra. Bécquer era más tolerante que Campillo: éste no perdonaba la menor falta, y las composiciones caían bajo el peso de la ley que habíamos establecido, y que ¡cosa extraña, siendo españoles! respetábamos religiosamente.

¡Con qué ardor trabajábamos!

Ya había en el arca guardadora de nuestro tesoro treinta ó cuarenta composiciones, cuando la primavera de 1854 nos sorprendió. El invierno se nos había pasado sin sentir.

Después de calcular las páginas que ocuparían aquellos versos y de leer con la imaginación los elogios que unos críticos que nosotros formábamos á nuestro gusto, dedicarían á nuestro libro, anunciando al mundo entero la aparición de tres grandes poetas, Bécquer nos dijo con la mayor formalidad.

—El momento de emprender el viaje se aproxima. El libro está en el arca. Es preciso buscar recursos para el viaje. Aunque lo efectuemos en galera acelerada, son diez días por lo menos de camino. El pasaje, la manutención, los primeros momentos en Madrid, todo esto representa gastos. Vamos á buscar esos medios que nos faltan, y á partirlos como buenos hermanos.

Quizás fue aquel el único momento en que Bécquer vio la vida en toda su triste realidad.

Campillo se quedó silencioso y triste.

Su madre podría darle lo necesario para el viaje; pero ¿cómo iba á tener valor para separarse de ella?

Yo regresaría á Madrid con mi familia, y no necesitaba anticipos.

Bécquer prosiguió haciendo cuentas.

—Vamos á ver, dijo, sentándose á una mesa y disponiéndose á trazar guarismos sobre un papel, que conservo como una reliquia; hagamos un presupuesto para saber á qué atenernos. ¿Cuánto nos darán por el tomo?

Campillo y yo nos mirámos.

—Figuremos una suma aproximada, añadió Bécquer, volviendo á ser poeta, haciendo de la aritmética una lira. ¿Qué calculáis que

nos dará un editor, teniendo en cuenta que no somos aún celebridades?

—¡Qué menos que mil duros!... me atrevi á decir yo.

Campillo me miró asombrado: Sin duda le parecía que yo soñaba.

Pero Bécquer, indignado de mi indicación, que juzgó mísera y hasta ridícula, entusiasmándose, toda alma, todo ilusión, todo grandeza.

—¡Mil duros! ¡Eso se da á cualquier coplero!... ¡Vergüenza causaríá á un editor ofrecernos esa suma irrisoria! Pongamos seis mil duros, y estad seguros de que será algo más lo que nos den.

—Bien: pongamos seis mil, contesté yo que creía en Bécquer, cuyo talento adoraba, como si hablara por su boca el Evangelio.

Campillo nos miró con esa sonrisa que todavía retoza en sus labios cuando quiere creer lo que no cree.

—Ya he puesto 120,000 reales, dijo Bécquer, esmerándose en la ejecución de los ceros, como si presintiese que sólo aquellos círculos era lo que iba á quedar de nuestras ilusiones. Lo primero es pagar las cantidades que nos anticipan. Con 2,000 reales salimos de deudas:—2,000 reales,—y trazó ese nuevo guarismo en el papel. ¿Está bien? añadió fijando en nosotros sus pardos ojos, que en aquel instante iluminaba la más pura y feliz de las alegrías.

—Sí, contestámos, comenzando á creer que todo aquello era verdad.

—En Madrid pasaremos algún tiempo viviendo humildemente, mientras se imprime el tomo. ¿Qué tardará en imprimirse? ¿Un mes?

—Menos.

No; hay que corregir bien las pruebas, dijo Campillo.

—Pongamos para los gastos de ese mes 1,000 reales; ¿no os parece?

—Bien.

Mil escribió Bécquer debajo del 2,000.

—Una vez publicado el libro, hay que cambiar de vida; querrán las gentes conocernos, tratarnos, nos invitarán á los salones, habremos salido de nuestra mísera situación y tendremos que presentarnos con decencia y hasta con lujo. En vestirnos emplearemos 6,000 reales. ¿No es eso?

—Sobrará....

—No, que estamos muy derrotados. No quito ni un ochavo de los 6,000. (Entonces no había céntimos.)

Y este guarismo fue colocado debajo de los anteriores con la mayor simetría.

—En un año, lo menos, no podremos producir otro libro, pero bien distribuído el importe de la venta del primero nos dará para vivir con holgura. Para comprar libros y asistir al teatro fijaremos 12,000 reales.

—Perfectamente.

—Gastos de casa, manutención, café, etc., etc., otros 12,000 reales.

—Sí... ya será bastante.

—Pongamos 30,000 para nuestras familias; 10,000 cada uno. Con esta cantidad mis hermanos podrán remediarse; tu madre no se verá obligada á trabajar como trabaja, dijo Campillo; y dirigiéndose á mí añadió.—Y tu padre podrá sufrir con más resignación su prolongada cesantía.

Los tres nos confundimos en un abrazo. Por poco cae un borrón en el papel, No cayó, pero sí alguna lágrima, cuyas huellas contiene.

—Prosigamos; y después de sumar mentalmente, dijo: ya tienen su destino 68,000: nos quedan 57,000. Aprenderemos á montar á caballo, ¿qué os parece?

—Hombre, no, dijo Campillo, práctico siempre.

Pero yo me entusiasmé con la idea y la aplaudí.

—Destinemos para la adquisición de tres caballos 15,000 y 9,000 para los gastos que ocasionen. Quedan 33,000. ¿En qué los gastamos?

Esta pregunta nos pareció un problema insoluble.

¡Dios mío! ¿En qué gastaríamos aquel sobrante? Éramos poetas y no sabíamos dar destino á aquella cantidad.

Permanecimos algunos momentos perplejos y nos mirábamos, mirábamos al techo, escudriñábamos nuestra experiencia, y nada.....

—¡Ya sé en qué vamos á gastar ese dinero dijo Bécquer de pronto..

Y trazó en el papel una línea que decía.

“Para limosnas 33,000 reales.”

Nuestra alegría por esta inspiración no tuvo límites.

Después de retratarse Bécquer sin saberlo, nos separámos satisfechos. ¡Nuestro era el mundo!

¡Los pobres pensando en dar limosna!

¡Decididamente éramos poetas!

**

DESEOS.

Yo quisiera salvar esa distancia,
Ese abismo fatal que nos divide,
Y embriagarme de amor con la fragancia
Mística y pura que tu sér despide.

Yo quisiera ser uno de los lazos
Con que decoras tus radiantes sienes!
Yo quisiera en el cielo de tus brazos
Beber la gloria que en tus labios tienes!

Yo quisiera ser agua, y que en mis olas,
Que en mis olas vinieras á bañarte,
Para poder, como lo sueño, á solas,
Al mismo tiempo por doquier besarte!

Yo quisiera ser lirio, y en tu lecho
Allá en las sombras, con ardor cubrirte,

Temblar con los temblores de tu pecho,
 Y morir del placer de comprimirte!
 ¡Oh! yo quisiera mucho más! Quisiera
 Llevarte en mí como la nube al fuego;
 Mas no como la nube en su carrera
 Para estallar y separarse luego!
 Yo quisiera en mí mismo confundirte,
 Confundirte en mí mismo y entrañarte;
 Yo quisiera en perfume convertirte,
 Convertirte en perfume y aspirarte!
 Aspirarte en un soplo como esencia,
 Y unir á mis latidos tus latidos,
 Y unir á mi existencia tu existencia,
 Y unir á mis sentidos tus sentidos!
 Aspirarte en un soplo del amoriente
 Así verter, sobre mi vida en calma,
 Toda la llama de tu cuerpo ardiente
 Y todo el éter del azul de tu alma!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

EL SUBTERRÁNEO.

(TRADICIÓN.)

En la Universidad de Córdoba han quedado hasta hoy curiosas tradiciones respecto al doctor Francia, el sombrío tirano del Paraguay, de la época de sus estudios en ella, que hemos oído repetir á antiguos alumnos de aquel célebre establecimiento, y de las que vamos á referir una que prueba el temple de su alma, en aquellos tiempos de superstición y de fanatismo.

En el interior de la iglesia de la Compañía de Jesús, edificio monumental, que forma parte de la Universidad, existe todavía un profundo subterráneo, que se interna bajo el suelo de una gran parte de la ciudad y desemboca á cinco cuerdas, en un antiguo edificio llamado *Novicado viejo*, que perteneció también á la poderosa compañía,

antes de su expulsión de los dominios españoles.

Aquel subterráneo, especie de catacumba lleno de altares, que contenía un templo socavado en la tierra, tenía también numerosos calabozos que parece servían para la aplicación de las penas que solía imponer á sus miembros la Compañía, y muchos sepulcros formando una especie de vasto osario, en que el tiempo, que todo lo destruye, no había respetado las losas del sepulcro, viéndose aquí y allá esparcidos algunos huesos humanos, por la incuria y abandono en que había quedado el subterráneo desde la expulsión de sus constructores.

Entonces, como hoy y como siempre, el estudiante era un ser *sui generis*, barullero, alegre, vividor, y que, sometido á un régimen disciplinario y monástico, procura, cuantas veces puede, libertarse de su yugo, para respirar fuera del claustro el aire puro de una libertad de que casi nunca deja de abusar.

Los estudiantes, pues, y especialmente los de mayor edad, solían hacer sus nocturnas escapatorias y subiendo y bajando como ágiles acróbatas y con peligro de sus vidas, las altísimas murallas de los claustros, pasaban la noche en los bailes y jaranas, para voive en los primeros albores de la mañana á descansar de las fatigas de la orgía.

Francia, que era de todos el más osado, se convertía con frecuencia en el jefe de aquellas expediciones; pero en vez de tomar el camino de las murallas, adoptaba otro medio, quizá más seguro, pero al que ninguno de sus compañeros se atrevía.

A media noche, provisto de una linterna y armado de un puñal (que siempre usaba) se dirigía al solitario centro de la iglesia, levantaba las puertas del subterráneo, y, resuelto y sin vacilar, prescin-

diendo de todos los supersticiosos temores que parece arredrarians, de cruzar, entre mal disipadas tinieblas, un larguísimo y frío subterráneo, lleno de tumbas y calabozos, se internaba en él, lo atravesaba con paso firme, llegaba al *Noviciado viejo*, y dejando allí su apagada linterna, iba á reunirse con sus medrosos compañeros, incapaces de seguirle.

Una noche, usando del predominio que ejercía sobre sus discípulos, que le apellidaban *el des-pota*, decidió á uno de ellos á acompañarle á través del subterráneo. El ascendiente que sobre él ejercía y el amor propio herido de que le llamaran supersticioso y pusilánime, triunfó de sus preocupaciones y, decidido á seguirle, cruzó con Francia el subterráneo, aterrorizándose del ruido de sus pasos, del eco de su voz, viendo fantasmas en cada piedra saliente y presa de un indomable terror, de que su compañero se burlaba; salieron por fin y aunque la orgía estuvo espléndida, el compañero de Francia, preocupado, retraído, sombrío, veía desaparecer á cada instante las damas y sus compañeros, para creerse de nuevo cruzando el tenebroso subterráneo.

Llegó la hora de la vuelta y Francia apenas pudo conseguir que le siguiera; sin embargo, una vez entrados, el miedo mismo dio fuerzas á su compañero, que, rezando en voz baja, tembloroso, tropezando á cada paso, cerrando los ojos para no ver las tinieblas avanzaba lentamente; de súbito se pára, palidece y dominado por el mas profundo terror, quiere huír, señalando en el centro de un altar un cráneo humano, una calavera, que bamboleando y girando sobre su extinguido cuello, dirigía hacia ellos las áridas cuencas de sus ojos.

Francia incitaba á su compañero

á seguir, llamándole supersticioso y cobarde; le empuja, pero éste, cual si hubiera echado raíces en el suelo, se queda clavado y acaba por tropezar y caer.

Francia, entonces, lanza una blasfemia, desnuda su daga y precipitándose sobre el cráneo, lo clava y parte de una puñalada.

Una enorme rata huyó despavorida por la abertura, encontrándose libre de la cárcel en que había entrado y de la que no podía salir, no obstante sus esfuerzos, ocasionando los movimientos que habían aterrorizado al compañero de Francia.

En efecto, era costumbre de los antiguos monjes ermitaños colocar una calavera sobre sus altares, como signo contemplativo del fin de todas las vanidades humanas.

Francia, en seguida, cargó á su compañero, que se había dislocado una pierna en su caída, y con él á cuestas siguió su camino.

Esta tradición, que se conserva en la Universidad de Córdoba y que nos ha referido uno de sus antiguos alumnos, prueba el temple de alma de Francia, del futuro tirano que había de ser inaccesible á todo sentimiento de piedad ó de ternura y á toda idea religiosa, ó de un destino futuro del espíritu humano.

Real ó apócrifa, es la verdad que de tal manera se juzgaba á Francia; por lo demás, lo que sí podemos asegurar, por haberlo oído á muchos que lo han visto, es que Francia grabó su nombre en la piedra más alta de la torre de la Compañía, la que sustenta la cruz, sitio casi inaccesible y que sólo se atrevían á escalar los mas fuertes y osados.

GABRIEL CARRASCO.

SOLO TU.

Tú que enjugas la lágrima vertida
Por la miseria y la orfandad, y tienes
Para todos los males de la vida
La desbordante copa de los bienes;

Tú que has nacido para hollar triunfante
De los salones la mullida alfombra,
Y desdeñando tu victoria, errante
Vas á buscar al huérfano en la sombra;

Tú, que abates doquiera los dolores,
Que en toda noche viertes un destello
Y eres pródiga, en fin, como las flores
Que dan su aroma sin pensar en ello;

Tú eres mi amada, la visión celeste
A quien he dado del amor la ofrenda,
Y cuya blanca y vaporosa veste
Cruzar he visto por mi misma senda.

RAFAEL OBLIGADO.

Recuerdos de Zorrilla.

Cuando se cumplió el primer aniversario de la muerte de Zorrilla, la voz de un solo escritor protestó por el silencio general que hubo para con el primero de los poetas de España. Ciertamente es que se celebraba en el mismo día el cumpleaños del Rey D. Alfonso XIII. Como en la Península deje de entrar al paraíso, apoyado en la suave mano de D^a Inés, el caballero D. Juan Tenorio, cada 2 de Noviembre, la gloria y el renombre de Zorrilla se irán cubriendo de polvo, como las ruinas. Y si fue cosa amarga dejar que en vida padeciera pobreza y duros trances el "hijo del ruiseñor y de la alondra," abandonar al olvido el árbol de su fama, será imperdonable y desdoloroso.

* * *

Una noche estaba yo con Salvador Rueda en un circo de Madrid, admirando á una funámbula y viendo al célebre Tonito, á Tonito el portugués, dar sus grandes

saltos. Mientras el payaso saltaba, entró á ocupar una silla, no lejos de nosotros, un viejo de corta estatura, cuya cabeza despertó un recuerdo en mi memoria iconográfica. La barba, los bigotes, la cabellera.... Si será él... Pero no, me dije: si él fuese ¿no habría entre toda aquella concurrencia, un saludo, una puesta de pie, una manifestación de respeto ó de cariño popular por el grande hombre? Españoles....

Toqué á Rueda con el codo.—
Mira, mira á tu derecha....

—Es Zorrilla, me contestó. ¿No le conoces?

Estaba allí, pues, cerca de mí, el maestro rimador, el último de los bardos, el que mató á don D. Pedro y el que salvó á D. Juan. Si voy á saludarle, pensé, ¿no juzgará el anciano mi emoción, emoción cursi, como lo de los admiradores que caricaturan á Luis Taboada? Además, me habían asegurado un día antes, que el autor de *D. Juan Tenorio* se había vuelto misántropo; que no quería recibir visitas. Vivía en una habitación cerca de las nubes, en un barrio lejano.

Para mí no hubo ya función, ni funámbula ni Tonito. Clavé los ojos en el poeta, y de tal modo le vi, que si yo fuese pintor, con la ayuda de la fotografía de mi recuerdo haría el más exacto retrato del viejo lírico.

Luego, me aseguró un amigo periodista, que si Zorrilla iba con frecuencia al circo, era porque de los teatros, en donde sus obras se representaban y hacían ricas á las empresas, no le mandaban billete de entrada. El señor cirquero sí le mandaba.

* * *

Un día entró al salón de Ricardo Palma, el tradicionista peruano. su amigo, que vivía en un hotel de la Puerta del Sol, y que,

como yo del mío, era representante de su país en las fiestas colombianas. Zorrilla abrazó al ilustre D. Ricardo, besó en la frente á Angélica, la linda *palmita* limeña, le ofreció versos. Habló de glorias pasadas y de tristezas presentes. Se veía en él al luchador cansado y canoso, al caballero de la trova y de la galantería, que estaba ya á la entrada de la muerte. Su hermosa cabeza se inclinaba fatigada: pero advertíase que en los ojos suyos pasaba derrepente un relámpago de los antiguos fuegos, y que en el fondo de su alma armoniosa y celeste había alimentado con la última sangre de su vida, con la postrera savia de su inspiración, un ramillete de rosas. No recuerdo los versos que escribió para la hija de Palma, pero ellos, entre las secas hojas de un jardín marchito, tenían pétalos frescos de aquel ramillete.

Encarnación de la poesía española, de la poesía nacional, ninguno como él, como ese músico desbordado, pletórico de color y de rima, ha producido con más riqueza, ha cantado con mayor gallardía. Su serenata cristiana resuena aún con eco melodioso y armónico; su cánsida morisca queda escrita en los arabescos de una métrica policroma y multisonante. Su D. Juan, su caballero endiablado, su Tenorio, tiene más airosa capa y más ágil espada que todos los D. Juanes, desde el de Tirso hasta el D. Juan fin de siglo del poema de Jean Aicard. En medio del farrago meloso y abigarrado, en el lírico desbarajuste, entre tanta legión de versos epilépticos, fanfarrones ó barrocos, la magia del poeta condució hacia su bello ideal romántico, triunfantemente concebido. Bribonada, galantería y valor se alzan decorados con un ropaje encantador y airoso. En el ambien-

te legendario de los tiempos viejos, volaba aquella imaginación estupenda y en antiguas campiñas buscaba sus flores aquella musa, que tenía de las águilas, de las alondras y de las abejas. La luz que percibió en esa poesía laberíntica, cuando no es la del rojo sol, es la de la antorcha en las tinieblas, la de la lámpara del Cristo, ó la lívida luz del sábado, propicia á la bruja. El ruido que oís es el choque de las armaduras, el galope de los caballos, el *cliquetis* de las espadas. Suena, ya un són de órgano monástico, un eco de la trompa de las batallas, ó el bandolín galante del trovero.

Para cantar la gloria de Zorrilla hubo un arpa millonaria de sonidos, de epítetos, de prismas, de gamas. Esa arpa canta en prosa. Es el arpa polífona, es el instrumento droséfético y lírico de un enorme poeta que no rima: Emilio Castelar. Hemos visto en *La Nación* el himno del poderoso orador.

Recuerdo que en la intimidad cortés de su casa de la calle de Serrano, en la villa de Madrid, me dijo un día refiriéndose al poeta de que hoy escribo: "Le quiero como á un abuelito." Nadie admira más á Zorrilla que Castelar. Y es que ambos han hecho mil veces el mismo viaje de peregrinación por ese cielo azul en donde no hay nada que comer." La frase de Castelar sobre Zorrilla no podía ser más exacta.

El anciano cantor era el "gran padre," como dicen los franceses, era el abuelo literario de la España moderna. Fue, por decirlo así, el Víctor Hugo de los españoles.

Hay en la vida de Zorrilla páginas legendarias, y una de ellas es el culto que hasta la muerte conservó por sus porfirogénitos protectores: Maximiliano, el trágico

emperador de la barba de oro, y la no menos trágica emperatriz, Carlota la loca. Zorrilla fue el trovador áulico, el lírico imperial, allá en el palacio de los soberanos de Méjico. Cuando la República, llena de sangre, triunfó por última vez en la tierra mejicana, y Juárez fusiló al Príncipe, y Carlota—más infeliz aún que María Antonieta—quedó muerta y en pie, Zorrilla sintió quizás el más grande de los dolores de su vida.

Escribió muchos versos y le brotaron muchas canas. Y llevaba la cabeza inclinada y abatida, tal como yo le vi en el circo de Madrid, en compañía de Rueda, mientras daba sus grandes saltos el perillustre payaso Tonito el portugués!

RUBÉN DARÍO.

MISCELANEA.

La señorita Concepción Jule.

La muerte ha venido á pesar su índice inexorable sobre la inmaculada sien de una virgen por muchos títulos estimadísima. CONCHITA JULE, la que por sus virtudes se hizo admirar y por sus talentos aplaudir de todos, acaba de trasladarse á otra vida superior, dejando en la nuestra un vacío lúgubre sobre el cual se precipitan las lágrimas y fluctúan los recuerdos de cuantos nos honramos con su amistad, y aun de aquéllos que sólo de lejos tuvieron ocasión de conocer sus notorios y bienpreciados méritos. Herida por el ala fatídica de esa ave negra que con el nombre de *fiebre amarilla* aun continúa affigiendo á nuestra capital, aquella inocente criatura, vestal de la virtud y fiel sacerdotisa de la enseñanza, rindió su espíritu á nuestro Creador, en la noche segunda de este mes, y en los comienzos toda-

vía de una juventud no menos laboriosa que llena de patrióticos sueños por levantar en el país el nivel moral é intelectual de su sexo. Corta, desgraciadamente muy corta fue por cierto su existencia, para el magno empleo que de ella se propuso hacer, consagrándose desde bien temprano á la educación de la niñez, en cuyas aras vivió sacrificada con toda la constancia, solicitud y abnegación de que tan laudable jemplo ha sabido dejar al gremio docente á que perteneció.

Sea, pues, la memoria de tan sentida cuanto ameritada víctima, objeto de la gratitud nacional, como lo es de nuestra cariñosa veneración; y acepten los deudos de la inolvidable señorita JULE, y muy especialmente los dignos esposos Guillén, que siempre tuvieron para con ella efectos y cuidados de verdaderos padres, esta pálida pero sincera expresión de nuestro pesar, única flor que nos es dado poner sobre la huella del ángel que acaba de ausentársenos para tornar á su excelsa y primitiva patria.—*Sabelio*

CON no menos sentimiento deploramos la muerte de la virtuosa y distinguida señorita guatemalteca ANITA AYCINENA Y AYCINENA, digna hermana de nuestro excelente consocio don Juan Fermín, á quien acompañamos en su profundo dolor.

DE igual manera, sentimos el luto en que actualmente se hallan sumidas nuestras estimabilísimas corresponsales la dulce poetisa Josefa Carrasco (en Santa Bárbara), y la notable escritora Rafaela Turcios (en Juticalpa). ¡Que los consuelos celestiales acudan á ambas señoritas en su respectivo duelo!